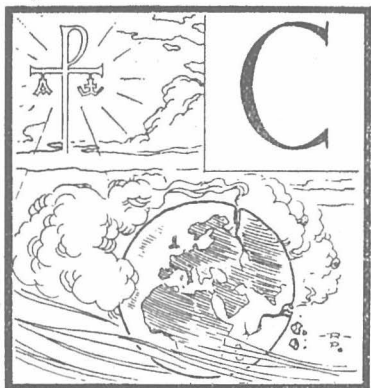


EL SENTIDO ACTUAL DE LA EMPRESA CALASANCIA



COMO puede inferirse del título que rotula este trabajo, no voy a hacer un estudio histórico de San José de Calasanz o de alguna de las manifestaciones de su vida. Más que trasladar el pensamiento a épocas pretéritas para revivir documentalmente lo que entonces ocurrió intentaré traer al presente

una situación que, aparentemente, ha pasado. Voy a plantear el problema de la vigencia que la concepción pedagógica de San José de Calasanz tiene en nuestros días.

Claro está que es imposible traer a examen en un corto estudio todo el rico mundo de ideas calasancias que, por otra parte, ya ha dado origen a obras extensas; podemos, no obstante, reflexionar sobre lo que constituye la expresión sintética del espíritu de las Escuelas Pías: el lema que les dió su Santo Fundador. En él encontraremos, de una parte, la conciencia de la finalidad de la empresa calasancia, y de otra, la manifestación de los medios que ella ha de utilizar. Concentrando nuestra atención sobre el lema de las Escuelas Pías, no examinaremos un solo aspecto, organizativo o didáctico, sino que nos enfrentaremos con el principio fundamental de la Orden y de la Pedagogía de las Escuelas Pías.

* * *

En el lema que el Santo dió a su Obra, *Ad maius pietatis incrementum*, cuyas iniciales campean en todos los escri

tos escolapios, está expresada la finalidad de las Escuelas Pías; «Piedad y Letras», con valor de lema popular, pone de manifiesto el resumen de la actuación escolapia. Finalidad y medios a que antes me referí constituyen las dos vertientes de un lema que señala meta y camino, que es luz y fuerza, conciencia y aliento para realizar una empresa.

Vamos a examinar el fin en primer término, el *Ad majus pietatis incrementum*.

Dos ideas fundamentales se expresan en esta fórmula: incremento y piedad.

La significación del incremento está preñada de contenido educativo; es una idea de pura cepa pedagógica, ya que está incluida en la noción misma de educación. Para cerciorarnos de ello basta con que acudamos a la raíz del término, incremento, versión castellana del *incrementum latino*, derivado a su vez del verbo *increasco*, hace referencia a un crecimiento interior, *crecer en*, al desarrollo en sentido estricto. Y ya se piense que el *cresco latino* es incoativo del *creo*, crear, o se considere descendiente del *καταβαίνω* griego, terminar o perfeccionar, de todas suertes el incremento está incluido en la entraña de la educación, que es evolución, desarrollo, perfeccionamiento, y por consiguiente tiene validez general por encima de cualquier circunstancia que modifique el hecho educativo.

El problema de la validez del lema calasancio se plantea con crudeza al examinar lo que en él es el sujeto del crecimiento, la cosa que crece o ha de crecer: la piedad.

Para algunos, quizá sea trasnochado invocar la piedad como fin general de la educación. Dos limitaciones parece que menguan la validez al aumento de la piedad como finalidad pedagógica: la limitación numérica y la limitación temporal.

La limitación que he llamado numérica surge al pensar que la piedad es cosa, no de todos los hombres, sino de un tipo especial de personas. ¿No será la piedad algo que tenga que ver únicamente con los que se consagran a Dios

en una Orden religiosa, o con aquellas «beatas» que van a misa todos los días porque no tienen mejor cosa que hacer?

La limitación temporal vendría de considerar que la piedad tuvo validez en épocas de preocupaciones teológicas predominantes, y, por lo tanto, es algo pasado con la misma época histórica en que predominó y que ha sido superada, como diría cualquier positivista, por etapas más científicas de la Humanidad.

Si reflexionamos brevemente sobre estas dos limitaciones, concluiremos por reducirlas a la primera, ya que si la piedad es válida para todos los hombres, es claro que ha de serlo con independencia de las circunstancias temporales que puedan diversificar a los individuos.

* * *

Si se me permite una corta incursión teológica, examinaremos el concepto mismo de la piedad, porque quizá en él encontraremos el camino para solucionar la cuestión de su validez.

La piedad puede ser considerada como virtud y como don.

Siguiendo a Santo Tomás, encontramos que la piedad en cuanto virtud es una virtud especial dentro de la Religión y dentro de la Justicia. Lo propio de la piedad es reverenciar a los padres y parientes y a la patria en cuanto que el hombre les es deudor por los beneficios que de ellos ha recibido (1). Y, naturalmente, en cuanto Dios es el más excelente como primer principio de ser y de gobierno a El se refiere en primer lugar la piedad, por donde se infiere que esta virtud está relacionada con la de la religión.

Padres, patria, Dios...; contra el pensamiento vulgar que supone ser la piedad algo sentimental, íntimo, que a lo sumo se manifiesta en una esporádica acción en favor de

(1) Cfr. Sto. Tomás. *Suma Teol.* II.^a-II.^{ae}, c. 101, a. 1.

un desgraciado, la piedad se nos aparece como virtud social que nace justamente al considerarnos en relación con los superiores a nosotros. La piedad nos dicta la actitud adecuada a la autoridad; pudiéramos decir que es la «devoción de la autoridad».

Ya se nos va trasluciendo la relación que liga también las virtudes de la piedad y de la justicia. Si la primera se extiende a la patria en cuanto principio de ser para nosotros, también lo hace la justicia, ya que busca el bien común (2), por donde piedad y justicia son virtudes de algún modo coincidentes, aun cuando la segunda sea una virtud más general.

A la vista de la relación que la piedad tiene con las virtudes de la religión y de la justicia, ¿no se trasluce ya, no sólo un valor actual, sino su especial y aguda validez en los tiempos que corremos? ¿Cuál es la enfermedad del mundo de hoy? La injusticia y la falta de un apoyo objetivo para la vida social tanto internacional cuanto dentro de cada Estado. La injusticia social y el estar de espaldas al fundamento teológico de la vida nacional e internacional son las causas más hondas del odio y de la inestabilidad que aquejan al mundo. Falta de piedad en resumidas cuentas.

Gloria especialísima de San José de Calasanz es haber señalado la trascendencia social del trabajo escolar cuando en sus constituciones afirma expresamente que de la enseñanza de los niños depende la reforma de la República (3). Y digo gloria especialísima de San José de Calasanz porque sabe mirar a los pobres, a la parte más baja de la sociedad, en los tiempos en que la educación era patrimonio de las clases media o elevada; cuando los más insignes tratadistas escribían de educación, bien rotulando sus libros con referencias a los príncipes o a los nobles como Saavedra Fajardo o Pedro López de Montoya, bien dirigiendo sus obras a

(2) Cfr. *Suma*, II.^a-II.^{aa}, c. 101, a. 3.

(3) *Constituciones*, parte II, cap. VIII, I.

reyes o personajes elevados como Vives o Nebrija, San José de Calasanz busca la reforma de la sociedad en la educación extendida a nobles y villanos, a ricos y pobres, y en todos los casos intentando llegar «al mayor incremento de la piedad».

Si como virtud moral la piedad hace referencia inmediata a los padres y a la patria, bien que por cierta superexcelencia la traslademos a Dios, considerada como don del Espíritu Santo la piedad hace referencia directa a Dios y fomenta en nosotros tres afectos, como dice Tanquerey: respeto filial a Dios; amor que nos mueve a sacrificarnos por El y por su gloria para darle gusto; obediencia que mira los mandamientos y los consejos como sapientísima y paternal declaración de los propósitos de Dios acerca de nosotros. Estos afectos se trasladan a las personas y cosas que participan del ser divino y de sus perfecciones (4).

Así, pues, la piedad, ni considerada como don de Dios es esa actitud sentimental, emotiva y un tanto egoísta, que anda ansiosa de emociones o de consolaciones aun divinas, sino más bien un don que lleva a la actitud viril del sacrificio por el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Resulta, en resumen, que la piedad en cuanto virtud moral perfecciona las relaciones sociales, y en cuanto don, perfecciona las relaciones religiosas. Si pensamos en la actual tendencia social de la educación y en la trascendencia vital de la educación religiosa, ¿valdrá la pena de que nos preguntemos si la piedad atañe a todos o a sólo una parte de los hombres?

Si la perfección, religiosamente considerada, obliga a todos los hombres según se desprende de las palabras evangélicas: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial perfecto es» (5) y la piedad mira a la perfección religiosa, síguese que la piedad se refiere a todos los hombres. El texto

(4) Cfr. Ad. Tanquerey, *Compendio de Teología Ascética y Mística*, 1925.

(5) Mateo, V, 48.

paulino habla expresamente de la piedad diciendo que para todo es útil, tanto en lo referente a la vida presente cuanto en lo que se refiere a la futura (6). No necesitamos buscar textos más explícitos en apoyo de nuestras deducciones.

Cuando San José de Calasanz menciona la piedad piensa en su trascendencia social, como antes hemos visto; mas pudiéramos añadir que asemeja aún más la piedad a la educación, porque, sin olvidar su vertiente social, manifiesta expresamente también el valor que para el individuo tiene; a fin de cuentas, aun cuando virtud social, la piedad reside en el individuo, del cual es una perfección, y contribuye a su felicidad, fin al que tiende toda tarea educativa. En el proemio de sus Constituciones, el Santo Fundador habla de la piedad como fundamento de una vida feliz (7).

* * *

Abandonando el terreno teológico y yendo a examinar el problema de la validez de la piedad a la luz de la consideración actual de los problemas pedagógicos, nos encontraremos con que la situación presente hace más urgente la piedad, considerada como símbolo de la educación religiosa, para la formación del hombre de hoy.

Tal vez como nadie haya visto esta urgencia Foerster, quien, examinando las características de la actual cultura técnica, clama por el retorno al *unum necessarium* (8) en la educación. Es fácil tropezar en la literatura pedagógica con la expresión apesadumbrada de una educación que atiende a muchas cosas olvidándose de la que da sentido al vivir humano; una educación que no sabe remediar el triste espectáculo de la vida hodierna que se nos escurre en la esterilidad de múltiples actividades y preocupaciones. Y cuan-

(6) *I Tim.*, IV, 7-8.

(7) *Constituciones*, Proemio, II.

(8) F. W. Foerster, *Instrucción ética de la juventud*, pp. 17-21.

do el hombre detiene un momento la velocidad de su vida, se da cuenta de que ni aun el mundo cultural, el que parece más noble de la vida humana, «con todos sus brillantes y ruidosos éxitos llega a agotar, en frase de Eucken, el fondo más profundo del hombre; una necesidad íntima le impulsa a buscar, en un eterno ser y en un amor infinito, su paz íntima, una pura y auténtica esencia, la salvación de su espíritu. Pero allí donde se manifiesta tal necesidad —añade— se apropiará para sí mismo la confesión de Pedro: «Señor, ¿adónde iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna» (9).

Y no se piense que sólo en medios o personas con preocupaciones religiosas se habla de la formación religiosa como coronamiento de toda educación. Si tomamos por ejemplo el informe de la Universidad de Harvard, tal vez el más completo de los publicados sobre la educación en los Estados Unidos de América, y que apareció en el año 1946, veremos en él la constatación del fracaso de una educación fragmentada, de cara a lo externo y a lo técnico únicamente; sus autores reafirman lo que otros muchos han dicho ya: que la personalidad humana no puede romperse en distintas partes y que la educación debe mirar al hombre en conjunto, a aquel «que posee una integración y equilibrio interno, firmeza, que en última instancia nace de una adecuada filosofía de la vida» (10). He aquí que el país de la técnica, de lo práctico, de la actividad, postula una Filosofía de la vida para fundamentar la educación de sus miembros.

Mas no olvidemos que al mirar a la intimidad del hombre, al intentar un orden interno al alcance de todos los seres humanos, abocamos a la religión; aunque con una cierta timidez así lo reconocen los autores del mencionado In-

(9) R. Eucken, *Die Lebens anschauungen der grossen Denker*, pp. 171. Vid. G. Willeman, *Teoría de la formación humana*, traducción castellana, tomo II, p. 33.

(10) Conant, J. B., *General Education in a Free Society*, p. 54.

forme cuando se refieren a la necesidad de una guía moral para completar la educación humana (11). Si la religión encierra la interpretación más profunda de la vida, se hace necesario mostrar a la juventud cómo la vida misma exige una comprensión religiosa que no es algo perteneciente a un ideal remoto y alejado de nuestra existencia (12). Ferrière, el pedagogo que tal vez más tenazmente ha hablado y escrito en Europa en favor de la escuela activa y laica, cuando reflexiona sobre la educación durante la última guerra mundial, menciona una *sui generis* religiosidad que lleve al hombre a la serenidad y a la alegría, mediante la continua aspiración hacia el espíritu (13).

Tal vez la situación actual del pensamiento pedagógico, salvo algunos predominios locales de sectarismos antirreligiosos, sea ya la situación de vuelta que anunció el tan mencionado Foerster a principio de este siglo: «Cuanto más se vaya alejando la escuela, bajo el influjo de la creciente incredulidad, de la cura religiosa del alma, para consagrarse única y exclusivamente a la inteligencia, tanto más evidente aparecerá a los maestros laicos que las tareas y el orden escolar, sin grandes aspiraciones éticas, se reducen a un gastado mecanismo, que más pronto o más tarde cesará de funcionar, por falta de la fuerza motriz que procede del alma. Se volverá entonces, con renovada intensidad, al cultivo de las fuerzas éticas, con lo que se verá que la cura ética del alma, da la íntima naturaleza de su psicología, requiere que se la motive y fortifique con el principio religioso» (14).

A la vista de estas consideraciones, no nos parecerá ya aventurado afirmar que el incremento de la piedad señalado por San José de Calasanz como fin de la educación, a la vuelta de tres siglos largos, mantiene y aun ha acrecentado

(11) Cfr. *Op. cit.*, p. 174.

(12) Vid. Foerster, *Op. cit.*, p. 240.

(13) Vid. A. Ferrière, *Liberation de l'homme*, Genève, 1942.

(14) F. W. Foerster, *La escuela y el carácter*, p. 226.

su vigencia, porque tiene su fundamento en la necesidad más honda de la existencia humana.

* * *

Erraríamos, no obstante, si creyéramos que San José de Calasanz olvida la cultura profana por tener los ojos puestos en la piedad, suma de la formación religiosa. También es expresión de la pedagogía calasancia, con valor de lema popular, el «Piedad y Letras». En el proemio de las Constituciones van ya unidos los dos conceptos, y para que ninguna duda nos quepa en cuanto al valor de las letras, desmenuza su significación señalando como propio del Instituto por él fundado la enseñanza de la lectura, la escritura, el cálculo y la lengua latina junto con la piedad y la doctrina cristiana (15).

Cuando San José de Calasanz une la piedad y las letras como suma de la empresa de las Escuelas Pías, responderá simplemente a la apreciación vulgar de la necesidad de una piedad ilustrada? A mi modo de ver, hay una raíz más honda hincada en la formación tomista del Santo.

Algunas reflexiones sobre la formación universitaria del Santo Fundador me sugirió lo que a mi modo de ver es la clave de la significación del «Piedad y Letras» calasancio. San José de Calasanz maduró su formación filosófica y teológica en Alcalá de Henares, cuando las cátedras fundamentales estaban regentadas por ilustres hijos de Santo Domingo, y la savia tomista que adquirió en las aulas complutenses quedó como semilla de toda la vida intelectual de la Orden de las Escuelas Pías. Pruebas del tomismo escolapio tenemos en el hecho de que el Capítulo General de las Escuelas Pías celebrado en 1692 sancionará de forma oficial y con carácter obligatorio el tomismo, y en el no menos significativo de que en la *Ratio Studiorum* de la Orden

(15) *Constituciones*, Proemio, V.

—año 1718— se recomienda la más absoluta fidelidad a la doctrina del Doctor Angélico (16).

Me parece fundamental tener en cuenta la raigambre tomista del pensamiento calasancio por la primacía que en la vida humana concede al entendimiento. Si partimos de que, absolutamente hablando, el entendimiento es más noble que la voluntad, toda vez que ésta tiene por objeto el bien apetecible cuya razón se halla en el entendimiento (17), podemos concluir que todo perfeccionamiento espiritual del hombre ha de tener como base una perfección intelectual; en otros términos, la educación tiene su fundamento en la enseñanza.

La primacía de dirección, de orientación, que en el pensamiento tomista se da al *νοῦς* sobre el *ῥησις*, mantiene el orden y el sentido en la vida humana, porque en definitiva su fundamento está en la Verdad.

Quando el pensamiento se ha pretendido subordinar a la acción o al sentimiento, se ha producido una inversión catastrófica en el orden de la vida; la superioridad de la vida contemplativa sobre la activa cede paso a la primacía del obrar sobre el conocer. La empresa de Kant no fué, en última instancia, más que la cristalización filosófica del predominio del querer; situando en el imperativo de la voluntad la creación del mundo trascendente, la razón queda subordinada a la voluntad, el conocer al querer, el pensamiento a la acción; descendiente de esta revolución ideológica es el pragmatismo, en el cual la verdad no es un valor autónomo, sino que está en función del impulso que da a la actividad.

También por este camino aparece, con un valor de acusada actualidad, la fórmula calasancia. En el predominio de la voluntad está «la génesis, en palabras dichas por Romano Guardini, de toda esa febril actividad, esa incontenida ansia de progreso, esa vertiginosidad del trabajo, esa precipitación del placer» que caracteriza la época presente;

(16) Datos facilitados por el R. P. José P. del. Sch. P.

(17) Cfr. Sto. Tomás. *Suma Teológica*, I. c. 82, a. 3.

«de ahí se origina esa adoración y entusiasmo por el éxito, por la fuerza, por la acción; dé ahí las luchas por la conquista del poder y del mando» (18).

A este pragmatismo no están ajenas algunas formas de vida cristiana y aun apostólica; el ajetreo incesante, febril, histérico a veces, alcanza a algunos modos de apostolado que pretenden resolver el problema de la cristianización del mundo con organizaciones complicadas, propagandas ruidosas, reuniones y asambleas que deshacen la vida del hombre, quitándole el reposo que necesita para el estudio o la contemplación de la verdad; olvidando que la Religión tiene como fundamento el Dogma, y por consiguiente toda vida de piedad ha de estar cimentada en el conocimiento. «Piedad y Letras», vida religiosa y estudio, pudiéramos clamar frente al mundo de hoy.

Mas como la verdad religiosa alcanza a todas las cosas, porque el mundo está transido de religiosidad, y, por otra parte, al conocimiento de la verdad trascendente y sobrenatural sólo se llega a través de lo sensible y natural, San José de Calasanz insiste para que no haya confusión: conocimiento acerca de la piedad cristiana, pero también acerca de las letras humanas o profanas, *circa humanas litteras*, dice textualmente (19).

Y al dar el Santo normas concretas para la organización de sus escuelas, hace que la vida de piedad se apoye constantemente en la lección espiritual, en la enseñanza; éste es el valor de las lecciones espirituales y de las exhortaciones que han de realizarse todos los domingos y fiestas, así como martes y sábados, según prescripciones de San José de Calasanz (20).

Bien podemos ya decir que la fórmula calasancia «Piedad

(18) Romano Guardini, *El espíritu de la liturgia*, trad. castellana, p. 187.

(19) *Constituciones*, parte II, cap. X, 1.

(20) San José de Calasanz, *Breve relatione del modo che si tiene nuelle Scuole Pie per insegnar...*, «Archivum Scholarum Piarum», vol. III, anno 1938.

y Letras» adquiere todo su sentido si se considera, no como una agregación externa de dos cosas distintas, sino como expresión de dos manifestaciones de la tarea educativa que concurren a un mismo fin.

La piedad apoyada en el conocimiento, en el estudio, incluso de materias profanas, se nos revela como la manifestación equilibrada de una robusta formación religiosa. No es la piedad sensiblera o sentimental de beatas ni de modernistas que hacen de la Religión algo únicamente emotivo o surgiendo de no sé qué instinto o tendencia a lo divino; ni es tampoco la agitación externa de un pragmatismo que ha llegado a invadir incluso algunos sectores religiosos en los que todo se espera de una acción desorbitada.

Y las letras, las enseñanzas, no se imparten con el único fin de saber muchas cosas y poder hablar o hacer de todo, sino que existen en función de la piedad, tanto en su dimensión individual como en la social; se trata de que el escolar adquiera conocimientos que valgan para la formación interna, para esa formación que se echa de menos en una instrucción puramente técnica; la edificación interior, ese viejo término religioso, tiene aquí completa adecuación (21), porque al buscar en la trascendencia religiosa el sentido de todas las enseñanzas, se unifica la educación, y entonces las múltiples tareas escolares son como otros tantos pilares en los que se apoya la vida espiritual, como se apoya en las columnas el techo abovedado de un templo perfecto.

* * *

En resumen. Si mis palabras, quizá torpes o inexactas, no han venido a oscurecer lo que de suyo tiene suficiente claridad, habrá quedado patente, no ya la pervivencia de la validez del lema de las Escuelas Pías, sino su especialísima adecuación a las circunstancias actuales.

(21) Vd. O. Willmann, *Teoría de la formación humana*, traducción castellana, tomo II, p. 26.

El incremento de la piedad se nos ha mostrado como necesidad apremiante para que el hombre de hoy pueda encontrar la elemental sabiduría que le permita vivir jugosamente dentro de sí y vivir pacíficamente, en orden y sosiego, con los demás.

Y entre la religiosidad inoperante por puramente sentimental o excesivamente agitada, de una parte, y las enseñanzas, sin trascendencia religiosa, de otra, el «Piedad y Letras» calasancio representa la expresión equilibrada de una formación con la robustez del dogma y del pensamiento y con la fecundidad del que piadosamente sabe guardar y acrecentar el tesoro de su vida íntima para gastarla con reciedumbre en el servicio de Dios y de los hombres.

* * *

No sería completo este trabajo si dejara de hacer referencia a un hecho singular que ha venido a dar, en el año de su centenario, un especial relieve a la figura y a la obra de San José de Calasanz: la publicación, el 13 de agosto de 1948, del breve de Pío XII *Providentissimus Deus*, en virtud del cual se declara Patrono de la escuela popular cristiana al fundador de los Escolapios.

De aquí el considerar de interés la referencia a algunas de las ideas del Pontífice sobre educación en cuanto puedan estar relacionadas con las del fundador de las Escuelas Pías. Porque es verdad que San José de Calasanz puede ser considerado como un universitario, como un pedagogo o como un gran hombre; San José de Calasanz es, ante todo, el fundador de una Orden religiosa, es decir, un hombre que dedicó su vida a una labor fundamentalmente religiosa. Por consiguiente, parece que el tema de este trabajo quedaría incompleto si no hiciéramos alguna referencia, aunque fuera ligera, al pensamiento del que en estos momentos, a tres siglos de distancia de San José de Calasanz, tiene la misión divina de regir ese organismo

vivo que es la Iglesia, y al servicio de la cual transcurrieron los años del fundador de las Escuelas Pías.

Aparecen en primer lugar la importancia y el relieve que la educación tienen para Pío XII. Diríamos que hay un reconocimiento genérico de la obra de San José de Calasanz siempre que se habla de la tarea educativa como algo que tenga trascendencia en la vida humana.

Si nosotros nos pusiéramos un momento a reflexionar sobre la preocupación actual del Pontífice, nos encontraríamos con que la preocupación fundamental de su vida, la guerra, que le abrumó durante varios años, y cuyas consecuencias aun le agobian. Y justamente apenas comenzaba la guerra, en la primera ocasión oportuna, mencionó la educación como algo que puede salvar al mundo: La educación de la juventud jamás fué de importancia tan decisiva y vital como lo es hoy, cuando nos hemos enfrentado con los feroces errores de un naturalismo y de un materialismo que han precipitado al mundo en la guerra» (22).

Vale la pena detenerse, siquiera sea un momento, en el hecho de que el Papa mencione la guerra como una consecuencia de las concepciones filosóficas, no ya como un resultado de determinadas situaciones superficiales de la vida humana, tales la economía o la política, sino como el resultado de errores filosóficos del naturalismo y del materialismo.

Para ver la relación que pueda haber entre una situación práctica, como es la guerra, y unos errores doctrinales, como son los mencionados, basta con que pensemos sinceramente en la significación del naturalismo y del materialismo.

El naturalismo no es más que una concepción que pretende entender o comprender la realidad según el patrón

(22) Radiomensaje a los Estados Unidos de América en el Cincuentenario de la Universidad Católica de Washington, 13 de noviembre 1939. Cfr. *Discursos y Radiomensajes* de S. S. Pío XII. Madrid. Acción Católica, 1946, tomo 1, p. 395.

de la naturaleza física; nos encontramos así con que esa realidad que se llama el hombre es algo encerrado en el mundo natural, rigiéndose según el determinismo físico: no hay por qué hablar de libertad.

Por otra parte, el materialismo afirma ser la materia, el único principio del ser y la realidad, de suerte que el hombre es una mera cosa material, y su vida está en función de cosas materiales.

He aquí dos conclusiones: de un lado, el hombre encerrado en el mundo natural, sin libertad, y de otro, el hombre como una cosa material y viviendo sólo en función de cosas materiales. ¿Cuál es el resultado de estos pensamientos que hemos diseñado? Si no hay nada fuera de la naturaleza, la energía física, la fuerza sin más, es la única norma de vida: y cuando no se reconoce al hombre libertad, ¿qué razón hay para tratarle de un modo distinto a lo que es pura cosa material? El respeto a la persona humana, su dignidad, no tiene sentido en el naturalismo ni en el materialismo. La negación de las cosas extra o sobrenaturales es una implícita incitación a que el hombre ambicione sólo cosas materiales; mas éstas son limitadas; no hay suficientes bienes materiales para que cada hombre o cada pueblo ambicione. Juntemos ahora estos dos hechos: la fuerza única norma de vida, bienes materiales insuficientes para las ambiciones humanas. ¿No será la guerra el resultado lógico de la concepción naturalista y materialista de la vida?

Podemos afirmar, por tanto, que la educación en la mente del Pontífice tiene una doble finalidad: En primer lugar ha de liberar al hombre de las estrecheces del mundo natural, ha de hacer que se sienta no limitado y aislado por este mundo, sino de alguna manera superior a él, capaz de conocer y de poner su voluntad en algo que trascienda de este mundo puramente natural. Pero, al mismo tiempo, la educación ha de estar al servicio de una norma

de vida individual e internacional superior a la propia subjetividad de cada hombre o grupo social.

* * *

Si de la consideración de la humanidad en conjunto pasamos a la reflexión sobre el hombre, es decir, si damos una perspectiva de intimidad a la educación, nos encontramos con dos textos maravillosos: uno, de Pío XII, y otro, de San José de Calasanz. Dice el Papa en uno de sus discursos a los recién casados:

La felicidad de vuestros hijos está, al menos en gran parte, en vuestras manos, ya que está unida a la educación que les déis desde los albores de su vida (23).

Junto a éste pongamos un texto de San José de Calasanz: *Si enim diligenter a teneris annis Pueri pietate, et litteris inbuantur, felix totius vitae cursus proculdubio sperandus est* (24).

La felicidad, según el Pontífice, y también según San José de Calasanz, es el fin de la educación, ya que, en definitiva, la felicidad no es otra cosa que la vivencia de nuestra perfección, el sentimiento que acompaña a la conciencia de que hemos logrado nuestro fin, el objeto que de un modo total polariza nuestras ansias.

Por otra parte, podríamos considerar etimológicamente esta palabra, y nos encontramos con que felicidad es posible que tenga la misma raíz que fecundidad. Es decir, somos felices cuando estamos llenos de nosotros mismos o fan llenos de perfección que esta plenitud desborda nuestro ser y llega a los demás.

* * *

Empero no se encuentra principalmente la genialidad de San José de Calasanz en esta perspectiva individual bajo

(23) Discurso de 21 de junio de 1939. Vid. *Discursos y Radiomensajes*, tomo I, p. 209.

(24) *Textus antiquus constitutionum a S. Josepho Calasancio raratus*, Prooemium, II, En Constitutiones Ordinis... Scholarum Piarum, Romae, 1940.

la cual acabamos de examinar la educación: la genialidad del Santo Fundador de las Escuelas Pías está en poner de relieve la trascendencia social y política de la educación popular, según he apuntado con anterioridad (25).

Y también aquí nos encontramos con que justamente esta genialidad de San José de Calasanz coincide con otra preocupación de Pío XII: la preocupación social y política, estrechamente ligada al fenómeno de la guerra a que hice referencia al principio y que da lugar a que el Santo Padre vuelva de nuevo sus ojos a la educación.

Así, en la Encíclica de 6 de enero de 1946, sobre el cuidado de los niños indigentes, el Santo Padre habla de la trascendencia social de la educación, pero con perspectiva histórica, pensando en lo que va a suceder a las generaciones futuras: He aquí sus palabras: «Consideren todo y reflexionen que estos niños son el cimiento de los tiempos que han de venir, y que, por consiguiente, es absolutamente necesario hacerles crecer sanos de alma y de cuerpo, para no encontramos mañana con una generación tarada por los gérmenes de la enfermedad y el estigma del vicio (26).

Y en el discurso que dirigió a los maestros católicos de Italia en septiembre del mismo año puntualiza la trascendencia de la educación cívica en la forjación del bien común (27).

Se trata aquí, diríamos, de la formación cívica *ingenera*. Pero no se puede quedar el Pontífice en afirmaciones generales. Vive los problemas demasiados menudos de cada día, y de aquí que pueda señalar cuáles son los servicios que la educación debe prestar para hacer ciudadanos honestos. En primer lugar, habla el Pontífice —y pueden tener y deben tener para nosotros una enseñanza especial

(25) Cfr. *Constituciones*, parte segunda, cap. VIII, 1.

(26) Cfr. *Ecclesia*, núm. 235, 12 de enero de 1946, p. 5.

(27) Cfr. *Ecclesia*, núm. 260, 14 de septiembre de 1946, p. 5.

estas sus palabras, porque están dirigidas a nuestro Ministro de Educación Nacional en carta que le dirige el 26 de mayo de 1943— de la educación como apoyo del Poder y del orden político. Dice así: *Serian insuficientes todas las medidas de orden exterior si la renovación no penetrase profunda y sinceramente hasta el fondo de las conciencias* (28).

Vale la pena de que nos detengamos un momento a reflexionar sobre esta relación entre las medidas de orden exterior y la renovación del fondo o hasta el fondo de las conciencias; porque la situación actual política, a vuelta de tantas libertades y de tantos liberalismos como se pregonan, está de hecho siendo la condenación de todo un pensamiento que desmenuza o atomiza al hombre, porque se habla como si cada uno de nosotros llevara dentro de sí unos cuantos cajones distintos: uno, para la religiosidad; otro, para la profesión o el trabajo; otro, para las ideas políticas; otro, para las ideas deportivas, etc. Y me parece que la situación política actual del mundo es de hecho la condensación de esta idea, ya que basta mirar a cualquier concepción política para que veamos en ella la pretensión de apoderarse de lo íntimo del hombre.

Hoy las revoluciones o el sostén de los regímenes se hacen siempre sobre la base de una formación interna del hombre, y así, si nos tomamos un trabajo de ir a examinar esas situaciones políticas de signo totalitario, negras o rojas, veremos que, por ejemplo, uno de los pedagogos más representativos de la Alemania nacionalsocialista, Helmut Stellrecht, clamaba por la formación de «el hombre nuevo para el tiempo nuevo» (29). Si pensamos en el totalitarismo de signo contrario, nos encontraremos con que la consigna es apoderarse de las conciencias de los chicos y hacer de las escuelas unas instituciones formadoras del co-

(28) Cfr. *Ecclesia*, núm. 103, p. 7.

(29) H. Stellrecht, *Neue Erziehung*, Berlin (Lampert), 1943, p. 7.

munismo (30). Y si al lado del totalitarismo se examina el mundo que por contraposición se llama democrático, nos encontraremos con que continuamente se está hablando de la educación como fundamento de la democracia (31); y en estos últimos años, cuando se han visto conmovidos los cimientos de estos órdenes u ordenamientos políticos, también en Inglaterra y en los Estados Unidos —pongámoslos como tipo democrático— se habla de la necesidad de una nueva educación para un tiempo nuevo (32). Es decir, que de una parte y de otra, la educación se presenta como algo previo para cambiar un régimen político, y en este caso la educación es fundamento de una revolución, o también como algo necesario para consolidar un orden político, en cuyo caso la educación es fundamento de la vida de los pueblos.

Pero aún hay más. No basta con que se diga que la educación ha de servir para renovar las conciencias o para formarlas. El Santo Padre pide más, y en carta que dirigió al General de los Escolapios el año pasado, poco antes de que San José de Calasanz fuera declarado Patrono de la enseñanza popular, pone como ejemplo las actuales Escuelas Pías, en las que los discípulos «no sólo són educados en las cristianas virtudes, sino que, recibiendo una conciencia para la vida humana, son adiestrados para la vida civil, para la privada y pública administración, de modo que se encuentran entre ellos elementos para el gobierno de las ciudades y naciones, para la concepción de las leyes, para el desenvolvimiento de las instituciones, para la administración de la justicia» (33).

No se trata ya simplemente de que sean honestos o pro-

(30) Cfr. R. Dopis, *Cómo se forja un pueblo*, Madrid, 1930, segunda edición, pp. 87 y 279.

(31) Vid. Las palabras de Jefferson en *La educación de los Estados Unidos de América*, Washington, 1944, p. 29.

(32) H. C. Dent, *A New Order in English education*, University of London Press, 1942.

(33) Cfr. *Ecclesia*, núm. 371, 21 de agosto 1948, p. 5.

bos ciudadanos, de que haya algo así como una conciencia difusa para mantener un orden social externo. El Papa pide que todos y cada uno de estos hombres que adquieren formación cristiana, la adquieran de tal suerte que les sirva para intervenir activamente en la vida política. No es bastante con que cada uno se quede tranquilamente siendo un elemento de orden o no siendo un elemento de desorden. Es preciso que en la vida actual la formación cristiana tenga esa trascendencia política y social que San José de Calasanz proclama, y la tenga preparando a todos para la intervención en la vida pública.

* * *

Si de este terreno, que es, a fin de cuentas, un terreno de finalidad pedagógica o educativa, pasamos al contenido de la enseñanza, nos encontramos con que el «Piedad y Letras» de la doctrina calasanziana tiene una clarísima resonancia en el pensamiento pedagógico del Pontífice actual. En primer lugar, ya se ve que «Piedad y Letras», aparte de su propia y específica significación, tiene el valor de símbolo de las ciencias sagradas y de la religión, por un lado, y de las ciencias profanas, por el otro.

Pues he aquí lo que el Pontífice, en un discurso al Congreso Internacional de Matemáticas, el 12 de noviembre de 1942, dice respecto de uno y otro tipo de ciencias:

La Ciencia Sagrada, que al servicio de la fe se abisma en los misterios de la Divinidad y del plan divino y de la salvación, y la ciencia profana, que lucha sin descanso por un conocimiento cada vez más amplio de las cosas creadas, no son enemigas. Sino hermanas» (34).

Y es que, en definitiva, las Ciencias Sagradas y las Ciencias profanas, por muchas diferenciaciones lógicas que se establezcan entre ellas, ciertamente son conocimientos que

(34) Cfr. *Ecclesia*, núm. 73, 5 de diciembre de 1942, p. 11.

nos vienen por distintos caminos, pero que a fin de cuentas encarnan en una misma realidad psicológica. Es verdad que las Ciencias Sagradas se apoyan fundamentalmente en la revelación, y que las Ciencias profanas no tienen por qué pensar en la revelación, o a lo sumo han de considerarla como norma negativa nada más; pero, en definitiva, las Ciencias Sagradas también requieren el apoyo de la razón. Todo ese cuerpo de la Teología, y pensemos en la Teología dogmática, se constituye fundamentalmente poniendo en relación la verdad que nos viene por el camino de la fe con las otras verdades que se encuentran por vía de razón. En último término, apurando más aun, no hay que olvidar que la fe es un obsequio racional. Es decir, que aunque establezcamos la debida diferencia y aceptemos la separación que existe entre un tipo y otro de ciencias, las unas se complementan con las otras. Y aun podemos decir que vienen por distintos caminos, pero van a parar a un mismo recipiente: es una y la misma facultad del hombre la que posee ambos tipos de conocimiento.

Mas no se queda el Pontífice en la proclamación de esta hermandad entre las ciencias sagradas y profanas; las trae al terreno educativo, afirmando que «la Iglesia, a lo largo de toda su historia, ha demostrado siempre el mayor interés por la vida intelectual de la juventud, y no solamente para poner al seguro la ortodoxia, sino para promover su adelanto en toda clase de ciencias, tanto sagradas como profanas» (35).

Tal vez no sea superfluo considerar aquí un problema estrechamente ligado al del contenido de la educación: éste de las ciencias, mejor aún, de las diversas especies de ciencias concurrentes a la formación de la juventud: el viejo y debatido de la formación clásica frente a la formación científica. Esta batallona cuestión está llena de razonamientos en los que hay contestaciones para todos los

(35) Discurso a los jóvenes universitarios franceses el 7 de abril de 1947. Cfr. *Ecclesia*, núm. 301, 49 abril 1947, p. 5.

gustos y nunca faltan razones en pro de una o de otra solución.

El Santo Padre, dirigiéndose a los mutilados de guerra, en 1942, proclamó la necesidad de los estudios clásicos, «que abran como ninguno el camino para todo sendero de las letras o de las ciencias» (36).

Aquí vemos al Santo Padre pidiendo formación clásica. Pero es raro que encontremos en la mente de un Pontífice, refiriéndose a un problema humano, cualquiera que sea el tipo de él, una visión unilateral. Junto a esta llamada a los estudios clásicos, precisamente cuando se dirige a los mutilados de guerra, podemos colocar las palabras que en el mismo año dirige al ya mencionado Congreso Internacional de Matemáticas: «Si la verdad es el fundamento de la justicia, en vuestras ciencias exactas parece que resplandece más que en las otras la verdad que hace verídicas a las ciencias, la verdad en virtud de la cual las veraces ciencias no enemistan, sino que hermanan, a los hombres y a las naciones en la paz» (37).

Es decir, que, por una parte, la educación clásica abre el camino a toda formación humana; pero, por otra parte, resplandece en las ciencias exactas la verdad que hace verídica a las ciencias. Hay aquí, como no podía menos de suceder, una visión integral o integradora del problema; según la mente de Pío XII, está mal planteado el problema si la formación clásica se coloca frente a la formación científica; no puede frívolamente afirmarse que unas ciencias tengan valor formativo y otras no.

Formación clásica y formación científica. ¿No habrá aquí algún eco calasancio? ¿Qué duda cabe! Por una parte es la lengua latina en la formación clásica —digámoslo en expresión vulgar—, fruta del tiempo.

Allá por el el siglo xvii no se pensaba como instrumento

(36) Discurso a los mutilados de guerra el 29 de noviembre de 1942. Cfr. *Ecclesia*, núm. 75, 19 diciembre 1942, p. 11.

(37) Cfr. *Ecclesia*, núm. 73, 5 diciembre 1942, p. 11.

de educación ni siquiera en las lenguas populares modernas. Habrían de venir nuevos tiempos. San José de Calasanz, para la formación clásica pide la lengua latina; más aún: pide la instrucción en lengua latina para sus alumnos.

Pero, ¿y la formación científica? He aquí otra genialidad de San José de Calasanz. En la enumeración del contenido de las enseñanzas en las Escuelas Pías, dice: *Erit ergo Institutum nostrum a primis elementis modum recte legendi, scribendi, computa faciendi, linguam latinam... Pueros docere* (38).

Es decir, que ya junto a la lengua latina pone también el hacer cuentas. Pero no se encuentra aquí el valor genial de San José de Calasanz; su genialidad está en fomentar entre los escolapios la devoción ferviente a las ciencias y a sus cultivadores.

De todos es conocida la relación estrecha que unió a San José de Calasanz y a muchos de los escolapios con Galileo. Cuando todo el mundo estaba frente a Galileo, San José de Calasanz era amigo especialísimo de aquel hombre perseguido, o al menos mirado con recelo. Como muestra de esta relación cordial de Galileo y San José de Calasanz está, a mi modo de ver, la más expresiva entre las cartas que San José de Calasanz haya podido inspirar; aquella carta en la que, contestando al requerimiento que Galileo le hace a través del Embajador del Gran Duque de Toscana, de que un Padre escolapio, el Padre Clemente, de San Carlos, pernocte habitualmente en casa del sabio para ayudarle en sus estudios y aun para auxiliarle en el vivir duro que por aquel entonces tenía el gran investigador. San José de Calasanz dice que no puede permitir a ningún escolapio dormir fuera de su casa, porque no está permitido en la Constitución de la Orden; mas a continuación le expresa el deseo cordial, íntimo y tierno de ayudar en lo que pueda a ese hombre desgraciado, y así, le autoriza a utilizar cuando quiera y como quiera a cualquier Padre escolapio en lo que

(38) *Textus antiquus Constitutionum*, Proemium, V.

permita la observancia. La respuesta de San José de Calasanz es, «de una parte, la contestación de un hombre de gobierno, que debe cuidar siempre de la disciplina...; de otra parte, es la respuesta de una persona que desea sinceramente satisfacer las aspiraciones formuladas en la demanda» (39).

De esta devoción que el Santo personalmente tiene a las ciencias y a los hombres de ciencia surgen, como consecuencia natural, toda esa legión de escolapios sabios, matemáticos y físicos que de hecho, sin necesidad de recurrir a demostraciones lógicas, sino simplemente con el ejemplo de su vida superior, se ve que hermanan dentro de sí la Ciencia de Dios en la aspiración constante a la perfección cristiana en el seno de una obra religiosa, y el cultivo de las ciencias naturales, que también encierran en sí algo de divino, puesto que, en definitiva, no pretenden otra cosa que desentrañar los misterios de las cosas creadas por Dios.

* * *

A la luz de las precedentes reflexiones, ya podemos afirmar que el pensamiento calasancio ha adquirido renovado vigor en la mente del Pontífice, de tal suerte, que se justifica plenamente la proclamación de San José de Calasanz como Patrono de las escuelas populares cristianas, porque el Fundador de las Escuelas Pías supo ver como nadie en su tiempo la necesidad de utilizar en la formación de la juventud tanto las ciencias sagradas como las profanas, así como la trascendencia que tiene la educación en la felicidad individual y en el orden social y político del mundo.

VÍCTOR GARCÍA HÓZ.

(39) Leodegario Picanyol, *Le Scuole Pie e Galileo Galilei*, Roma 1742, p. 57.